

ALGUNAS ANOTACIONES SOBRE LA CRISIS DE UN MODELO DE LA SOCIOLOGÍA CLÁSICA

Una mirada desde los autores franceses de la acción social y otros contemporáneos

Seminario Ciencias Sociales y sociología¹
Universidad de Antioquia, 2 y 3 de noviembre del 2000

MARIO LUNA BENÍTEZ²
Profesor de la Universidad del Valle

“Es preciso medir la importancia de un modelo clásico del cual no es fácil deshacerse sin salirse del campo de la propia sociología... la aparición de otros paradigmas no puede conducir a una ruptura radical con un modelo cuya economía general reporta respuestas esenciales a los problemas fundamentales de la sociología. Si es posible la formación de sociologías post-clásicas, hoy no se puede creer en sociologías anti-clásicas”.

F. Dubet, 1994, p.50

Consideraciones preliminares

Estas notas no pretenden una argumentación teórica articulada en el detalle con fines demostrativos. Son algunas orientaciones sobre un modelo construido arbitrariamente de Sociología Clásica y remitidas finalmente sobre algunos autores de la Sociología Contemporánea, para permitimos señalar rumbos nuevos para los procesos de formación en Sociología³. Su base principal la constituyen los lineamientos de autores de la Sociología francesa de la acción (Touraine, Wieviorka, Dubet...), a la que se suman las apreciaciones de otros contemporáneos (Giddens, Beck), estudiosos del plano general de la modernidad tardía. Estas notas no introducirán nada que no se sepa, su intención es colaborar principalmente con el diálogo sobre las bases ideológicas y analíticas de nuestro quehacer.

¹ Este texto utiliza gran parte de la bibliografía y las notas de clase del curso *Individuación y subjetivación*, dictado para estudiantes de sociología de los últimos semestres de la Universidad del Valle, y, se presentó a este seminario como ponencia. Nacido de esta forma, la posición del autor está más en su articulación como texto y en el contraste presentado en las conclusiones, que en declaraciones de principio, a pesar de su intención de ponencia. En su versión para los Documentos de trabajo se han realizado pequeños ajustes.

² Profesor Titular del Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad del Valle.

³ Quizás no sobre reafirmar aquí la importancia de una formación básica en autores tenidos como clásicos, en el nivel del pregrado. Estos autores hacen resistencia al paso del tiempo y hacia ellos siempre habrá contemporáneos que se dirijan para beber de sus fuentes y fundamentar nuevas argumentaciones. La pregunta sería por el cómo se enseñan y cómo deberían enseñarse en la actualidad.

Desde esa teoría de la acción, se construye una perspectiva sobre la crisis de un modelo de la sociología clásica⁴. La importancia que le vemos a este regreso, es el poner en evidencia aquellos elementos apriorísticos (no empíricos) que asaltan nuestra forma de pensar sociológico, creando ciertos “hábitos mentales” cuando nos acercamos a la investigación o a la interpretación de las realidades sociales. Son elementos comunes derivados en buena parte de las tradiciones de la disciplina.

Apuntamos en últimas al nivel de lo que Jeffrey Alexander definió como las *presuposiciones* (Alexander, 1990) de la teoría⁵, al remitirse a un contenido teórico y a la referencia a los autores relevantes. Esas presuposiciones se fundan en ciertas creencias sobre la naturaleza de la acción social y los actores, en el problema de la relación entre lo racional (instrumental) o lo no racional (moral o afectivo), o bien, *en la importancia dada al problema del orden*, según el énfasis en lo individual y lo colectivo, cuando nó al establecer determinadas formas de su relación o de su dicotomía⁶. En las presuposiciones entran en juego representaciones y valoraciones decisivas propias de los sociólogos. En nuestro caso, se trata de algunos de los presupuestos encontrados en los autores clásicos que definen una identidad entre actor y el sistema social, y colocan el énfasis en el orden social y en la idea de sociedad.

Luego al definir la crisis de ese modelo clásico será necesario remitirse a las mutaciones del mundo social contemporáneo. Las sociologías contemporáneas han revelado una separación entre el actor y el sistema por una “parálisis” de las mediaciones que ligaban los dos términos, y, señalan que en la actualidad se impone la noción de cambio sobre la del orden (Touraine, 1997), perdiéndose a su vez el referente societal clásico. Bajo este desciframiento se torna claro el fuerte con-

⁴ La presentación de este modelo de sociología clásica, sigue bastante de cerca, la ruta de la elaboración de Francois Dubet, en su obra *Sociologie de l'expérience* (Dubet, 1994). De otra parte, es necesario advertir la diferencia de la idea de modelo con la acepción en nuestro medio académico, de la idea de una sociología clásica que nombra al conjunto de autores (Durkheim, Weber, Marx y a veces Simmel) que han aportado con su obra compleja, las principales proposiciones que fundamentan a la Sociología, en su teoría y en su quehacer. En nuestra consideración seguimos un hilo conductor que deja por fuera de dicho modelo, a los autores como Weber, por su llamado *individualismo metodológico*, y, como Marx, porque su obra en general, aunque puede dar cuenta del orden de la sociedad moderna capitalista, no tiene la intención de ser una teoría ni de la identificación entre actor y sistema ni mucho menos del equilibrio social, todo lo contrario es una teoría “desequilibrio” o del equilibrio social precario. A diferencia de Marx consideramos a Parsons dentro del modelo aquí discutido, justamente porque su esfuerzo está realizado para presentar esas dos últimas proposiciones y hacerlas valer como realidad social.

⁵ “Con presuposiciones me refiero a los supuestos más generales de cada sociólogo en su enfrentamiento con la realidad” (Alexander, 1992, pps. 18). Según este autor las presuposiciones intervienen en los elementos básicos que componen una continuidad del desarrollo de la ciencia : las decisiones guiadas por creencias ideológico-políticas y por valores, la formulación de modelos interpretativos, las selecciones metodológicas y las representaciones generales del mundo social alternativas entre el equilibrio y el conflicto.

⁶ “Las presuposiciones acerca de la acción y el orden son las <<pistas>> por donde corre la sociología... La elección de ciertas presuposiciones determina no sólo las posibilidades teóricas en un sentido positivo, sino también las restricciones y vulnerabilidades. Cada presuposición cierra ciertos caminos aunque abra otros” (Alexander, 1992, p.21).

trastre entre el modelo clásico, que liga actor y sistema, y las realidades empíricas de las que daría cuenta, convirtiendo los parámetros del modelo en representaciones apriorísticas que mostrarían su inadecuación para la interpretación⁷. Nos encontraríamos así en una especie de lanzamiento al vacío con la pérdida práctica y teórica de la idea de sociedad.

A este propósito, no sobra recordar que la Sociología es una disciplina con fuerte referencia empírica, aunque solamente lo sea por el hecho de aludir indirectamente a las realidades sociales y al construirse como representación de ellas y contener la pretensión de su evaluación. Aunque desde otro ángulo, podría argumentarse que no se tiene realidad empírica pura, encontrando apoyo en el argumento deductivo de Wallerstein de que por sí misma la teoría es un nivel de definición de la realidad, o aquél cercano de Giddens quien conceptualiza como *reflexividad* de las ciencias sociales, el impacto de las teorías sociológicas en el curso de las propias realidades empíricas, y, en el hacer de los hombres y de las instituciones⁸.

La Sociología obedece, pues, a su condición de ser una presentación de lo social que concierne al llamado “mundo real”. Y es justamente esta condición, la que en sus diversos ciclos sucesivos de su formación, instaura niveles apriorísticos como algunos de los mencionados y que reeditamos y reformulamos continuamente los sociólogos al construir nuestras teorías como en un ciclo de herencias inevitables⁹.

No sobra advertir que no es nuestra preocupación remitir al proceso de construcción de la teoría ni a su validación epistemológica. Apuntamos a perfilar un legado histórico (“los dogmas de la disciplina”), para abrirnos el camino hacia una crítica futura de las formas del imaginar y representar sociológico arraigadas ya en el ámbito de nuestras propias ideologías, socializaciones intelectuales y dogmas universitarios. Nos orientamos finalmente en las conclusiones de este texto, hacia la apertura de otras posibilidades de lenguaje y de mirada para intuir las dimensiones de los problemas actuales, a la manera de un contraste con los hábitos intelectuales en los cuales se expresan dichas formas en nuestro medio académico

⁷ “No pasaré por alto el enorme impacto que los cambios en la organización del mundo empírico surten sobre supuestos más generales. Si una teoría no es útil para el análisis empírico concreto, fracasa. Si se entiende que una teoría depende de proposiciones empíricas erróneas, cae en el descrédito” (Alexander, 1992, p.23).

⁸ Una pista en ese sentido sería que el desarrollo de los parámetros del modelo aquí mencionado, se insertó en la propia y continua reconstrucción del mundo moderno, llegándose a producir una mutua correspondencia entre teoría y realidad (el ejemplo mayor sería el de la sociedad del Estado del bienestar). Así la realidad social sería el espejo donde narcisistamente recrearían su obra los propios sociólogos, a través del lente de sus determinaciones a priori y hábitos mentales, a la manera ya de un proyecto inconciente de su reproducción social.

⁹ “La teoría sociológica, pues, existe en el tiempo y el espacio y no sólo en un continuo científico abstracto. Se perpetúa mediante tradiciones y es obra de seres humanos reales” (Alexander, 1992, p.24).

La presentación del modelo

El modelo de Sociología Clásica aquí presentado tiene un cierto grado de arbitrariedad en su construcción. Así lo admiten quienes lo propusieron a partir de autores como Durkheim, Parsons, y, Elias. Es un intento de ordenar y destacar preocupaciones y proposiciones simples que como elementos apriorísticos le trazan una dirección a nuestra reflexión sociológica.

Sería una pretensión inútil buscar en los autores mencionados, todos los elementos del modelo y su coherencia; no es necesario abundar sobre las características complejas, heterogéneas y disímiles de los componentes de la obra de cada uno de ellos, y, son muchas las diferencias entre ellos. Sin embargo si se los enfoca desde el punto de vista de la Acción Social, ellos comparten preocupaciones en común :

a. Una preocupación por la integración social, traducida a una preocupación por la cohesión social, por el equilibrio y el juego de las interdependencias entre actor y sistema, y entre los propios componentes llamados objetivos del sistema.

b. Una preocupación por definir una “totalidad social” como forma de lo objetivo y su predominio sobre sus componentes subjetivos, los “actores sociales”. Se coloca el énfasis sobre la interdependencia de los aspectos estructurales, las jerarquías institucionales y el establecimiento del orden. Su esfuerzo se dirige a sostener *la noción de sociedad*, de la cual los propios individuos son vehículos de su realización.

c. Una preocupación por la correspondencia entre actores y sistema social, haciendo énfasis en su unidad y en una relación de doble vía que definiría la intercambiabilidad entre ambos términos, “como las dos caras de una misma <<realidad>>” (Dubet, 1994).

En torno a esas preocupaciones comunes, se organizan dos proposiciones simples que definen los rasgos generales del modelo : el actor social, individual o colectivo, es un sujeto de la integración; de otra parte, la sociedad es ella misma un sistema de acción principal que define finalmente a los individuos como reproductores de sus coordenadas y sentidos (normas y valores, regulaciones y finalidades). Tomamos como ejemplo a Durkheim y Parsons y trazamos a grandes pinceladas su desarrollo :

Si nos atenemos a ciertos lineamientos de Durkheim en sus principales obras y la traducimos con cierta “depuración” a una teoría de la acción social, ésta se asimila a la idea de una interiorización cultural y normativa¹⁰. El actor es social cuando interioriza la *propia objetividad* de la sociedad considerada como un “hecho” consustancialmente coercitivo. El actor la hace suya como una

¹⁰ Bajo esta idea de interiorizar un afuera coactivo, Durkheim responde a la necesidad epistemológica de fijar el carácter de ciencia positiva para la sociología, encontrando su objeto en hechos sociales que son exteriores a los individuos, y no solo independientes de ellos sino imponiéndoles sus condiciones (un poder de coerción).

obligación y la vive como una libertad, la realiza como una elección y la asume como una vocación o un imperativo moral. Es una especie de naturaleza colectiva “refractada” en su conciencia individual¹¹. La importancia de la Sociología de la Religión y de la Sociología de la Educación en Durkheim es innegable para estos efectos. Su sociología es esencialmente una sociología de la socialización¹².

Durkheim denuncia las ilusiones del individualismo como el contractualismo y la racionalidad utilitaria. Denuncia como subjetivismo vano las razones individuales de la acción y define que sin precedentes culturales compartidos por todos y un orden político que garantice los contratos no es posible la acción creativa, colectiva o individual, que lleve a dichos pactos. Lo social precede al contrato, no es fundado por éste. La sociedad es quien consagra al individuo y lo hace respetable, nos dice Durkheim.

La anomia en sus dos versiones, una centrada en lo subjetivo del “actor” (El Suicidio), y, la otra centrada en la objetividad del “sistema” (La División del Trabajo), es producto del mundo moderno que hace crecer el vértigo del deseo y el enervamiento del actor; ambas nociones resaltan la importancia de la socialización : el actor moderno más fuertemente individualizado debe ser más intensamente socializado.

La sociedad protege al individuo de sus propios desórdenes inducidos por la civilización. Su combate frente a las “ilusiones del pensamiento privado” (que en la actualidad irrumpen con mucha fuerza) se libra en el énfasis en el *individuo moral*, un actor integrado al sistema quien actuando a título de esa subjetividad moral adquirida es vehículo de la propia integración del sistema; el actor pasa de ser objeto pasivo del sistema a ser su reproductor activo, cuando en su acción realiza las normas, roles y valores.

Para la *segunda proposición* mencionamos, bastante a la ligera y de manera muy apretada, la argumentación parsoniana sobre el sistema social. En general Parsons responde a la cuestión de la integración y del orden social, en términos de acción. Su teoría trata de conciliar el carácter “activo” del actor con la mirada “sistémica” de lo social objetivo. En este específico sentido es un intento por conciliar a Weber¹³ con Durkheim, cuando se aproxima al problema desde el primero y termina resolviéndolo a la manera del segundo. (Dubet,1994)

¹¹ Esta dualidad de las conciencias también cumple una función epistemológica al dotar a la sociedad de una naturaleza, “la conciencia colectiva”, tan objetiva como la propia naturaleza. Esta naturalización de lo social es el puente que permite hacer evidente que la sociedad se impone sin violencia, naturalmente a los hombres.

¹² Sabemos de interpretaciones sobre Durkheim donde se borra por completo el lugar del actor social. Un intento por restablecer el lugar del actor en su teoría lo tenemos en la obra de Raymon Boudon (*LA LOGICA DE LO SOCIAL*, 1981, 1979).

¹³ Debemos mencionar aquí el rechazo explícito de Weber al organicismo de la llamada interdependencia funcional (“Conceptos sociológicos fundamentales”, *Economía y Sociedad*), su duda y ambigüedad sobre la objetivación de las instituciones (es en el lenguaje común donde se designa la realidad y permanencia de las entidades colectivas) y su propuesta sobre el dramatismo de los valores. Sabemos que los argumentos de

Parsons parte del problema de la *unidad de la acción* como el conjunto formado por un actor que proyecta unos fines en una situación. En un principio supone el comportamiento *intencional* del actor (Weber), al acordar los medios con los fines. En su antiutilitarismo *los fines* son dados por la cultura como en Durkheim. Quedaría el margen de la elección de los *medios*, que en principio pueden ser objeto de cálculos racionales. Pero al fin y al cabo no se escoge arbitrariamente dentro de un conjunto abierto de *medios* para que se adecúen al logro de unos fines que son dados por la cultura. Estos medios son normas, reglas, roles sociales y mecanismos de control proporcionados por el propio sistema de la acción y compartidos por los actores. La propia motivación del actor para emprender sus acciones, depende de haber integrado a su personalidad razones para actuar y para desear fines comunes. Sin virtudes individuales y colectivas que se correspondan no hay intercambios sociales. La distinción analítica entre actor (personalidad), medios (roles y normas) y los fines (los valores) desemboca en una concepción integradora de la acción; cada uno de esos factores se corresponde con una dimensión del sistema social integrada a su vez por valores comunes. (Dubet, 1994)

La iniciativa individual es poca y se termina nuevamente en una exigencia de interiorización del sistema por los actores. Normas y roles son concebidos dentro de un proceso de institucionalización que posibilita el desempeño al informar la personalidad del actor. Los individuos son más funcionales y adaptadores que innovadores y las relaciones sociales se conciben como roles normados que reenvían a valores. También Parsons desembocará en la importancia de la socialización: La cultura no es simplemente una autoridad frente al individuo, ella constituye un ideal del yo. Por ello el despliegue de la acción social no incluye la distancia entre actor y sistema, y, *mucho menos la distancia del actor respecto de si mismo* (<<cuando hablamos de un individuo plenamente socializado, no es alguna cosa que el juega, es una cosa que el es>>), citado por Bourricaud). (Dubet, 1994).

Además de anular la iniciativa de los actores, no acepta Parsons en su teoría lo que hoy es un hecho intensificado en el mundo contemporáneo que nos toca interpretar: ni la heterogeneidad ni el dramatismo de los valores, ni su antinomia ni su desgarramiento a pesar de reclamar una filiación weberiana. Parsons coloca su dimensión analítica de la acción dentro de *las problemáticas del orden*, puesto que el mundo de los valores es para él estable e integrado¹⁴.

La conclusión general de estas dos proposiciones es la del predominio de la noción de sociedad: el actor es un reproductor activo de sus parámetros, ello lo define como social.

Weber se anudaban a su énfasis puesto en la distancia entre las ciencias de la naturaleza y aquellas del hombre o ciencias histórico-culturales.

¹⁴ Como subraya Dubet (1994) “la misma autonomía del individuo es un imperativo moral que se desprende de los valores modernos derivados de la ética protestante”.

El modelo del actor social en sus coordenadas históricas

Ahora presentaremos otra mirada, desde una perspectiva más histórica, de los presupuestos de este modelo de Sociología clásica.

Es Norbert Elias¹⁵ quien enlaza el individuo a una formación histórica de la propia sociedad. Individuo y sociedad no son dos realidades diferentes y mucho menos opuestas¹⁶. El individuo autónomo es un producto de la evolución de un proceso civilizatorio que impone a través de sus fuerzas coercitivas una fuerte interiorización del control social, de la moral, de los deberes y de la obligación de ser libre característico de la modernidad. Es paralelamente a la formación de las estructuras modernas de la división del trabajo social y del Estado (como monopolio de la fuerza y de la legitimidad del control social) que se promueve la formación del individuo. Este introyecta a través del proceso coercitivo que implica la formación de esas estructuras, un determinado tipo de previsión y de regulación de las pasiones y de los instintos, un autocontrol en el mundo público que a su vez dispone sus fuerzas psíquicas para el desarrollo del sentimiento de poseer una vida íntima y privada conducida por un yo autónomo. Lo privado así constituido es la interiorización de lo social a la manera de un control ético que domina y somete los sentimientos y los intereses.

El dualismo entre individuo y sociedad es él mismo un producto del desarrollo de la sociedad. La sociedad es la sociedad de los individuos. Por ello el texto de Norbert Elias resiste varias interpretaciones. En las predominantes, Elias se acerca a Durkheim al reivindicar la fuerza de la sociedad, las más de las veces representada como el juego de los mecanismos coercitivos y de los patrones de su legitimidad¹⁷. Esta proximidad con Durkheim incluye el detenerse en la socialización : la sociedad no es un compuesto de adultos (“un adulto que jamás ha sido un niño”). La sociedad ha sido un compuesto de individuos adultos constituidos en una formación dada por los ciclos generacionales (el niño moldeado por adultos que a su vez fueron niños) y por los grandes ciclos históricos que marcan la continuidad y ruptura de las herencias socioculturales. Elias cumple con la tarea sociológica clásica de develar los mecanismos de socialización. El indivi-

¹⁵ Elias historiza el modo de aproximación al problema, cuando propone que la forma de plantearlo depende de la época en la cual se lo piensa, tanto del estado de los saberes y las coordenadas intelectuales y culturales, como de las realidades empíricas observables. El mismo escribirá 3 ensayos, el primero en 1939 cercano a la escritura de su obra magna *El proceso de la civilización*, el segundo escrito entre 1940-1950, y el tercero en 1987. En este texto nos referimos esencialmente al de 1939 porque es el que funda la problemática.

¹⁶ Rechaza Elias las nociones de la psicología pura que aísla el individuo y el voluntarismo individualista cercano a la filosofía de la ilustración, para quien la sociedad es un resultado del contrato de los individuos, tanto como rechaza los modos de pensar religiosos y pantéistas históricos - Hegel - que ven en la sociedad la acción de fuerzas anónimas y supraindividuales, o aquellas teorías que la asimilan al modelo de la biología o de las ciencias naturales. Rechaza el dualismo que se vuelve un impase para el desarrollo de la sociología.

¹⁷ Queda en un segundo plano la noción de la sociedad como una regulación independiente de los individuos pero que es a su vez resultado de su propia interacción e interdependencia (los ejemplos de la melodía y de la casa tanto como las notas sobre la teoría de la Gestalt apuntan a esta idea más fluida de la noción de sociedad).

CIDSE

duo es más autónomo cuanto más interioriza los valores y normas sociales, es una autonomía y una libertad que resulta de su propia integración a lo social y del propio trabajo de socialización.

Advertimos sin embargo que a su vez al colocar Elias el plano de la formación de las relaciones sociales en la múltiple interacción de los individuos con las estructuras sociales y de los individuos entre sí, se posibilita secundariamente una interpretación menos rígida y monista de su sociología. La interacción es tan fluida y recíprocamente creativa como lo es una conversación (Elias, 1990, pps. 48-50). La sociedad es de alguna manera una apertura a múltiples posibilidades, ella no tiene un sentido y una finalidad (por ejemplo el bienestar de todos) definidas *per se*, estos últimos son atribuciones históricas de los hombres

Tanto su manera histórica de plantear el problema como su acento en la variabilidad de la interacción, será un apoyo para validar las reflexiones que suscitan las variaciones sociales contemporáneas, en los saberes y las prácticas sociales.

Este aterrizaje de la primera proposición del modelo a un nivel de abstracción menor, en las propuestas de las relaciones entre individuo y sociedad, implica establecer los términos históricos concretos de la propia idea de sociedad como sociedad moderna.

Los parámetros históricos de la idea de sociedad

La idea de sociedad, en este modelo de Sociología Clásica, es representada por cuatro imágenes : la primera la asocia a la modernidad, la segunda al Estado Nacional, la tercera a un conjunto funcional, la cuarta un conflicto regulado, el de la sociedad industrial.

a. La idea de sociedad se asocia a la de modernidad. No es necesario explayarse aquí en la oposición elemental que se realizó entre comunidad y sociedad como correspondientes a un mundo tradicional y a un mundo moderno respectivamente. Dentro de una idea de historicidad o de evolucionismo, los autores clásicos afirmaron con cierto fatalismo el desarrollo de la división del trabajo (Durkheim), del progreso de la racionalización del mundo (Weber), del desarrollo de las fuerzas productivas (Marx) o de la complejidad creciente del sistema (Parsons), a los cuales los sociólogos franceses adjuntan el del avance inevitable de la democracia y de la igualdad (Tocqueville). Esta historicidad y este evolucionismo se suponía dejaban atrás, con cierta apoteosis, todas las formas sociales de la tradición asociada a la idea de comunidad, si bien para todos ellos la propia modernidad habría de aportar nuevos desgarramientos y contradicciones.

Para Alain Touraine, en primera instancia, el avance de la modernidad implicó el desarrollo de un principio que se opusiera al individualismo que ella misma alimentaba. Ese principio estuvo en la idea de la sociedad moderna “concebida como un estado de derecho, un conjunto de instituciones que funcionaban según los principios de un derecho universalista e individualista”. Al afirmar

así la mediación del valor universal de una concepción racionalista del mundo, posibilitaba la correspondencia entre el individuo y la sociedad : “Cada individuo, concebido por su parte como un ser racional, consciente de sus derechos y deberes y amo de sí mismo, debe estar sometido a las leyes que respeten sus intereses legítimos y la libertad de su vida privada y que aseguren al mismo tiempo la solidez de la sociedad, del cuerpo social, mantenido con buena salud por el funcionamiento normal de sus órganos... la regla suprema es el interés general, y, este no podría separarse de la libre realización de los intereses propios de cada uno de sus miembros” (Touraine, 1997). Dentro de esta concepción ideal, destaca Touraine al derecho y a la educación, a la institucionalización y a la socialización, como los garantes de la convivencia social.

“Esta imagen de la institucionalización de la sociedad se situó en el corazón de la cultura política” y su desaparición constituirá el drama del mundo contemporáneo que vivimos. Esa idea de la sociedad moderna, será la gran articuladora de aquello que, la desacralización del mundo bajo el impulso racionalizador de la modernidad instauró como separados : el individuo privado y las estructuras sociales.

b. La imagen de la sociedad como opuesta a la comunidad, viene seguida de aquella otra que asocia la sociedad con la formación del Estado Nacional. Este último le define su realidad : para los sociólogos franceses tanto como para los ciudadanos franceses es evidente que la noción de sociedad remite a una “comunidad nacional” construida a través de su historia, su Estado, su cultura, su territorio, su lengua...

Para Alain Touraine el Estado es el gran modernizador : el derrumba las fronteras regionales y unifica en un territorio, bajo el impulso del reconocimiento de una cultura y de unos valores específicos. Se apoya en los procesos homegeneizadores que porta la racionalización¹⁸. El Estado forja así a la nación moderna como asociación de individuos ciudadanos, erosionando las “comunidades locales” y los antiguos regímenes, bajo un espacio físico delimitado y un espacio político autónomo racional-legal (el escenario democrático de la política). Es bajo la idea de la soberanía popular que se construye ese “proyecto de una comunidad de ciudadanos libres y racionales”. La política moderna, centrada en la escena del Estado, afirmaba al individuo primero como un ciudadano y luego como un trabajador.

El Estado es - no sólo para Touraine - el gran gestor de la asociación y de la unidad, es el cuadro político integrador de una economía, de un sistema político, de una cultura bajo la noción de una soberanía única. La sociedad tiene una doble naturaleza, como sistema de roles y de valores, y, como la realidad <<concreta>> del Estado-nación (Dubet, 1994).

¹⁸ (RICS 1989, y para el caso de Francia, Touraine, 1997). En su artículo aparecido en la Revista Internacional de Ciencias Sociales, 1989, A. Touraine, propone su diferencia entre modernidad y modernización, y elabora en el sentido de construir una modernidad más plural, menos homogenizadora, menos monista cultural, para darle sentido a una modernidad que integre cultura racional y otra diversidad de culturas.

c. La sociedad brinda la imagen de ser un sistema, un conjunto funcional. Touraine destaca al funcionalismo sociológico como la garantía que sustituye los principios metasociales que cohesionaban la sociedad. La función que desempeña cada cual “llega a ser un principio normativo, un principio de juicio, de jerarquización de valores y de distribución del prestigio y de los recursos”. El funcionalismo, más que una cuestión de método, es una teoría del orden social (Dubet, 1994).

Al presentar a la sociedad como una unidad funcional que autorizaba el análisis en términos de sistema, la Sociología instauró una visión <<holista>>, donde cada elemento se juzgaba por su contribución al sistema general. El funcionalismo es también una “representación de la sociedad, percibida como el modo de agenciar funciones que aseguran su integración a través de diversos órganos e instituciones” (Dubet, 1994).

Es claro que esta visión abstracta y teórica no puede ser separada de la representación histórica de la sociedad como un Estado Nacional que asegura la integración de una cultura, de las instituciones y de un sistema económico¹⁹. Aunque sobresale en Durkheim y Parsons, el funcionalismo ejerce su influencia sobre ciertas formas del causalismo y del determinismo en el marxismo.

d. La cuarta imagen presenta a la sociedad como un *conflicto regulado*. Si bien esta imagen tiene su dimensión abstracta²⁰, es, justamente, en el plano histórico, donde se concreta la idea de una sociedad como un conflicto regulado, con las formas sociales de la sociedad industrial. En ella predomina la estratificación social relacionada con una distribución desigual de recursos sociales diversos, pero igualmente reposando sobre procesos crecientes de desarrollo de la “igualdad de condiciones” y regulados por una división del trabajo que asigna roles y tareas específicas. Esta regulación del conflicto social - tardíamente conciliado en su más alto nivel en la sociedad del Estado del bienestar, después de más de un siglo de conflicto - llevó a la conformación estable de entidades colectivas : los sectores profesionales de trabajadores, los gremios, los sindicatos, las clases sociales, la familia nuclear que contenía la familia obrera, los roles de género, el barrio y las vecindades urbanas. Si el Estado moderno hacía del individuo un ciudadano, la racionalidad industrial de la empresa y la economía lo convirtió en un trabajador, miembro de sindicato, buen padre de familia, buen vecino y buena paga, más tarde en buen consumidor, convirtiendo a su vez a las mujeres, en los inicios de la industrialización, en buenas amas de casa y buenas madres de familia dedicadas a la reproducción de los “trabajadores libres” (cuando ella misma no era una trabajadora vinculada a una empresa).

¹⁹ “La sociedad verdaderamente no existe sino en la medida en la cual los individuos son capaces de vincular una cultura que fija sus representaciones, sus aspiraciones y su moral a su adhesión a las instituciones particularmente políticas, y a sus actividades económicas en un mercado regulado por ellas y por los valores” (Dubet, 1994).

²⁰ Que nos remitirían de nuevo a Durkheim o Parsons.

Es esta evolución del entorno social del desarrollo de la racionalidad instrumental, la que hace decir a Ulrich Beck, que la propia sociedad industrial era esencialmente una sociedad semi-industrial y semi-estamental por la formación implícita de nuevas distribuciones de status - implicadas en la distribución profesional interna a la clase obrera y a la población, y en los roles de género masculino y femenino - y de nuevas entidades colectivas. La modernidad y más concretamente la modernización reproducían estamentos y colectividades -nuevas identidades sociales comunitarias y de grupo - paradójicamente frente a la individualización que implicaban las relaciones sociales que impulsaba el progreso. La sociedad aparecía con una imagen concreta de su ordenamiento (Beck, 1986, 1998).

El declive del modelo clásico

Si iniciamos la exposición del modelo mostrando primero el papel del actor para destacar el predominio de la idea de sociedad, aquí al exponer su crisis comenzaremos por el declive de la idea de sociedad para proponer finalmente algunas circunstancias que viven los individuos y los actores, bajo las fracturas de la sociedad moderna.

El derrumbe del modelo clásico llega por varias vías definidas en general por inadecuaciones de sus cuatro imágenes con el curso de las propias realidades sociales a las cuales ellas hacían referencia. Se dan nuevas representaciones y transformaciones de la sociedad y del individuo. Trataremos primero el aspecto más general el de los cambios en la modernidad que puede leerse como las modificaciones introducidas por el propio avance de la racionalidad instrumental o de los cambios en las estructuras económicas, culturales y políticas; luego, el quiebre de los Estados nacionales, y, finalmente los cambios presentes en la sociedad industrial. Desembocaremos en la presentación del individuo contemporáneo, producto de la separación entre el actor y el sistema.

En general los autores contemporáneos ponen de presente el papel que las nuevas formas de conflicto han jugado para esas transformaciones sociales, esto es, la emergencia de movimientos sociales que no estaban ubicados en el plano la llamada de la lucha de clases moderna (movimientos de género, movimientos de jóvenes, movimientos ecológicos y antinucleares, etc.). Este derrumbe del modelo clásico se expresa en los propios debates de la Sociología, siempre en construcción, y en la insurgencia de nuevas representaciones de lo social, donde pierde fuerza la idea de sociedad y el andamiaje teórico del funcionalismo que le daba sentido a la idea de su unidad y de la integración social; concomitantemente pierde fuerza también la idea de un individuo moral realizador de la sociedad; las nuevas preocupaciones aparecen, negando el predominio asignado a las representaciones del orden, y, destacando las representaciones del cambio, de la variabilidad, de la incertidumbre y de las ambivalencias en las relaciones sociales.

1. *Las mutaciones de la modernidad y/o la crisis de su viejo enfoque*

En primera instancia dos aspectos son claves para esa disolución de la imagen de la relación entre sociedad y modernidad : por un lado, el replanteamiento del lugar de la tradición y de la noción misma de tradición, y, por otro lado el descubrimiento de las contradicciones de la propia modernidad.

a. Paralelamente al regreso del comunitarismo y de las identidades étnicas y religiosas o de lengua, los debates contemporáneos han replanteado las relaciones entre modernidad y tradición. Esta reformulación estaba ya presente en algunos de los autores clásicos²¹. Pero han sido los propios sociólogos contemporáneos (Nisbet, Giddens, Beck...) quienes se alejarían de las oposiciones simples que trazaban fronteras entre las sociedades modernas y las tradicionales, al encontrar el lugar de los “valores tradicionales” en la estabilidad, progreso y legitimidad de la modernidad identificada con la racionalidad.

Para Nisbet el registro de la legitimidad del orden social moderno se encuentra en el cruce de lo comunitario y lo societal, como mezcla de los principios de la tradición y de lo racional legal a través de una conciencia colectiva que combina los dos tipos de solidaridades. Para Beck el avance de la modernidad implicaría una reintegración y reformulación de la propia tradición. La sociedad moderna crearía sus propias dimensiones estamentales y colectivas. Será Giddens quien disuelva radicalmente la separación entre modernidad (presente-futuro) y la tradición (pasado) al proponer la tradición como resultado de un proceso activo y social de reconstrucción permanente del pasado desde el presente y el futuro. Ese pasado no existe en su pureza. Como tal la tradición es un hecho producido desde el movimiento de la propia modernidad, está incluido en su dinámica. Hace de la noción de tradición un concepto variable en el tiempo.

Por su parte Touraine ve en el regreso del comunitarismo de diverso orden y de las identidades comunitarias un elemento disociador de los viejos parámetros de las sociedades nacionales. Son culturas deshistorizadas, fuera de su tiempo y de su espacio, que se potencian como sectas, mientras paralelamente sus miembros se transforman en consumidores globalizados. El regreso de “la tradición cultural” está fuera del tiempo y es utilizado como mecanismo político: “ese comunitarismo transforma una cultura en instrumento de movilización política y de rechazo del otro”; de otra manera se transforma en yugo para la realización individual, al reducir la complejidad cultural de la condición social de los individuos que lo asumen. El comunitarismo sería fruto de una *desmodernización* que fragmenta la vida social y que hace soñar con utopías retrospectivas de

²¹ El resquebrajamiento de esta idea transparente de sociedad asociada a una modernidad tuvo antecedentes tempranos : necesario mencionar primero el caso del propio Weber, cuando coloca al protestantismo como puente para la acumulación de capital y la formación de un individuo racionalizado en la conducta; luego el caso del propio Marx cuando en sus análisis de la formación del Estado moderno (*El 18 Brumario...*) propone que en su imaginario o en la lógica de su acción política siempre estaría presente la recurrencia al pasado de los poderes despóticos como soporte último, o el del mismo Durkheim cuando asimila la conciencia colectiva moderna de los símbolos nacionales al trance emocional de las religiones.

“un orden global fundado en creencias religiosas o instituciones políticas, susceptibles de poner fin a la fragmentación de la experiencia vivida” implicada en el desarrollo de la modernidad. Touraine está lejos de la aceptación populista de los comunitarismos y revela su asociación con proyectos modernizadores que confluyen en los autoritarismos. A pesar de percibir también en su demanda de reconocimiento las fuentes para un replanteamiento del sentido de las naciones hacia una dimensión más plural, al coadyuvar a transformar los patrones de la democracia (la sociedad multicultural).

Este replanteamiento crítico de la tradición confluye en una pérdida de la confianza en la idea de una sociedad que avanzaba hacia el progreso trazado dentro de parámetros racionales y al que llegaba a asociarse un sentido finalista del logro futuro del bienestar.

b. Examinando justamente el segundo aspecto, el de las contradicciones de la modernidad, la posición de los mismos autores contemporáneos puede ser diversa pero confluyente en la idea de una transición incierta desde los viejos parámetros sociales de la modernidad.

Alain Touraine, ve en la modernidad una disociación creciente entre la vida privada y la vida pública, o bien, entre el actor y el sistema, separación que no logran conjurar las instituciones, la educación y el derecho. Esta disociación se profundizaría cada vez más. La cultura racional integradora se viene a pique. Señala el fracaso de las luchas sociales por contener dentro de regulaciones a las fuerzas económicas desencadenadas por el progreso de la razón instrumental y el fracaso de imponerles prioridades sociales (el fracaso del Estado del Bienestar). Se profundizaría la separación entre el universo de las técnicas y los mercados y el de las culturas, entre el universo de la razón instrumental y el de la memoria colectiva; se avanzaría en la disociación entre el mundo de los signos y el del sentido, entre el de los intercambios sociales y el de las identidades. Acuña la idea de una *desmodernización* salida del seno de la propia modernización : “Si la *modernización* fue la gestión de la dualidad de la producción racionalizada y la libertad interior del Sujeto humano por la idea de la sociedad nacional, la *desmodernización* se define por la ruptura de los vínculos que unen la libertad personal y la eficacia colectiva” (Touraine, 1997). En las transformaciones de las ciudades, bajo el modelo de Los Angeles - aglomeraciones humanas como ghettos divididos entre pobres y ricos y comunicados solamente por la indiferencia de las autopistas - ve la desaparición de la idea clásica de sociedad : la idea de ciudad era indisociable de la idea de ciudadanía y de la división del trabajo, lugar de la producción, de los intercambios y de la socialización. El universo de las redes de los intercambios se aleja cada vez más del universo de las experiencias vividas.

De otra manera se ubican Beck y Giddens respecto a las contradicciones de la modernidad : para ellos ha pasado la época de la modernización simple. Del seno de su desarrollo y de su éxito nace el propio declive de la sociedad industrial. Se avanza hacia una nueva forma social sin que haya mediado proceso conocido de revolución. Permaneciendo intacto un orden político y económico se realiza un cambio subrepticio y no planeado. La modernidad se radicaliza quebrando las pre-

misas y contornos de la sociedad industrial y abriendo la vía para lo que llaman la modernización reflexiva, siendo la *sociedad de riesgo* su fruto. Es una modernización de la modernización que implica por un lado, inseguridades profundas y difícilmente delimitables en una sociedad, con nuevas luchas igualmente indiscernibles en sus límites; de otro lado, la modernización reflexiva abarca un único dinamismo de desarrollo que por si mismo puede tener consecuencias opuestas. En contextos sociales inesperados, llega la pobreza masiva, la insurgencia de los nacionalismos, del fundamentalismo de fe religiosas diversas, las crisis de diverso tipo (ecológicas, económicas, etc.), las guerras y las catástrofes que poseen el don de la ubicuidad : todos estos males no tienen ni espacio ni tiempos nacionales definidos, pueden acontecer en cualquier lugar y hora. Contraria a la fe en el progreso y en el bienestar que acompañó a las sociedades nacionales, la *sociedad de riesgo* se orienta hacia la distribución internacional de los <<males>>, mejor de los riesgos. Es una sociedad donde se destacan las amenazas provocadas por el desarrollo del proceso autonomizado de la innovación implicado en la racionalidad. Es el retorno de la incertidumbre ubicua implicada en el riesgo, que exige otras formas de definir las realidades sociales y por lo tanto, exige la adopción de otras formas del pensar sociológico y si se quiere de la política. La lógica de la confianza y de la desconfianza se impone como centro del análisis sobre el curso de los procesos sociales, individuales y colectivos, en sus dimensiones subjetivas y culturales (Giddens, 1997).

2. Señalamos como el Estado nacional le daba un sentido concreto a la idea de sociedad. Ese marco gestionaba la integración de las diversas estructuras sociales, acercaba la cultura con la economía y delimitaba los diversos intercambios sociales sobre un territorio. Sus instituciones, integraban a los individuos en las regulaciones sociales y políticas. En síntesis, el Estado nacional “significaba que la soberanía política, la cultura nacional y el mercado se articulaban en una misma unidad” (Dubet, 1994).

Pero por varias vías la diferenciación de las estructuras sociales se transforma en una profunda separación : la globalización de los intercambios económicos y especialmente los financieros, significa la disociación entre la economía y el Estado Nacional. La noción de economía nacional se ve amenazada por la rupturas de las protecciones, lo que significa el predominio de los espacios extranacionales. Las sociedades se dividen entre sectores sociales y económicos proyectados en los espacios nacionales y aquellos proyectados internacionalmente; es el dualismo de las sociedades, analizado por Touraine para latinoamericana²², que invade las sociedades europeas que parecían integradas (¡ellas se latinoamericanizan!). Se agota de esa manera la integración social y nacional, “la economía global es por si misma la fuerza dominante” (Touraine, 1997).

De otra parte, la revolución en los medios de comunicación que algunos han catalogado como el advenimiento de la *sociedad de la información*, ha desencadenado la formación de una cultura global (no sin dominios nacionales específicos internacionalizados, al estilo del poder de los Mc.

²² Touraine, 1976, *Les Sociétés dépendantes*.

Donalds, o del rap en la música) que se sobrepone a la antigua solidez de las culturas nacionales. Aunque los patriotismos asociados a los Estado-nación no hayan finiquitado, las culturas nacionales tienden a debilitarse aún en países fuertemente integrados como Francia. El fenómeno cultural de la música y del arte en los jóvenes ya no tiene los referentes nacionales; las minorías culturales étnicas expresan su poder, se exacerban los nacionalismos y racismos que fragmentan los países ante los embates a las culturas nacionales.

En otro aspecto Touraine devela la fortaleza de los nuevos referentes de las identidades culturales comunitarias y de la cultura de masas y del consumo. Son culturas separadas de las instituciones. Igualmente ve en el dominio de los medios de comunicación internacionales, la creación y ampliación de unos movimientos de opinión escindidos de los movimientos sociales que estaban embarcados en conflictos reales y que sí reflexionaban sobre los beneficios y costos de su acción. El mercado de los bienes de opinión y de información está separado de las condiciones sociales reales de la producción y de las instituciones políticas y sociales de la modernidad clásica. Esta constelación de nuevos parámetros de referencia lleva a una *desocialización* y *desinstitucionalización* de los ciudadanos (léase *despolitización*), esto es, a una separación y subestimación de su referencia a las instituciones de la política y de la socialización (la crisis de la vinculación a los procesos partidistas y de las mediaciones políticas, la crisis de la escuela y de la educación). Para Touraine el orden político pierde su lugar central para unir la racionalización económica o técnica y el individualismo moral, la economía y la cultura.

Desde otro ángulo, el de la transformación de las formas sociales de la sociedad industrial Ulrich Beck, analiza los cambios en la política, en su sentido clásico. A la vez que las instituciones se vacían de su capacidad política, renace una forma no-institucional de lo político. “Lo político irrumpe y se manifiesta más allá de las responsabilidades y jerarquías formales... la constelación política de la sociedad industrial se está haciendo apolítica, mientras que aquello que en el industrialismo era apolítico está deviniendo político” (Beck, Giddens, Lash, 1994). En el fondo de esta transformación opera la profundización de los procesos de individualización, que desvincula a los individuos de las formas colectivas familiares, corporativistas y partidistas asociadas a la sociedad industrial (pérdida de las conciencias de clase) y resaltan la emergencia de nuevos movimientos sociales que actúan ante los riesgos creados por la sociedad industrial y post-industrial, trasladando lo político, como una nueva noción, a las lógicas sociales implicadas en su funcionamiento.

3. Ya se ha señalado cómo la crisis de la sociedad industrial viene de su propia dinámica. Su desarrollo ha llevado a la pérdida de la centralidad de la empresa y del trabajo, y, de su unidad. Hoy para hablar en el viejo lenguaje, las relaciones de producción no parecen ubicarse en el corazón de la vida social. La clase obrera se erosiona por doquier y el conflicto central entre capital y trabajo parece sustituirse por otras formas del conflicto, aquellas de los movimientos sociales y de los movimientos ciudadanos. Declina “la conciencia de clase” en las perspectivas desde abajo y la

acción social no parece explicarse desde las llamadas posiciones de clase. Se debilita la clase social como el lugar de un mundo colectivo abarcador de la vida social de los trabajadores.

Pero lo más importante: Se disuelven los aspectos estamentales, ya mencionados, que integraban a la sociedad industrial. Es una revolución silenciosa propiciada por el desarrollo de las seguridades y protecciones sociales vinculadas al Estado del Bienestar que le dio estabilidad y permanencia a la sociedad industrial. Revolución que según los análisis de Beck y Giddens avanza desde el mundo de lo privado y de lo íntimo, y, no sólo desde lo público.

El gran operador ha sido la capacidad social niveladora de la educación y de la extensión del empleo, aunque las condiciones de desigualdad social, la diferencia entre “pobres y ricos” se mantenga. Esencialmente el acceso de la mujer a la educación y al trabajo calificado en amplias esferas de la vida social, son un disolvente poderoso de los roles de género que soportaban la reproducción del mundo del trabajo. Se reformuló el funcionamiento de la familia nuclear. La educación nivela a la mujer respecto al hombre y se vuelve su competencia, sobresaliendo con mejores desempeños. Se alaba y exalta la autonomía de decisión de la mujer para regular sus propios asuntos. La mujer se individualiza y ese es un aliento central para la profundización de la individualización de las relaciones sociales. La movilidad que va unida al mercado de trabajo se vuelve contra la familia tradicional. El dinero “ganado por si mismo” modifica las relaciones de poder en el matrimonio y el hogar. El desempleo hace su labor condenando al hombre a las actividades domésticas cuando la mujer trabaja.

Se viven los efectos de los movimientos de liberación de la mujer y de la crítica de las culturas tradicionales realizadas por los jóvenes de hace unas décadas : Las relaciones de pareja, tenidas en la tradición como un destino inevitable, se transforman en un compromiso y un pacto sobre múltiples recursos. La pareja, el hogar y la familia se vuelven objeto de planificaciones y acuerdos revocables. La familia se vuelve plural : hogares donde se crían los hijos de antiguas relaciones de pareja, de uno o de dos de los cónyuges, hogares unipersonales femeninos y masculinos, hogares de parejas unisex, y, así sucesivamente.

Pero lo más ostensible : la familia, con la extensión de los derechos de la mujer, la legitimidad cultural y legal de las separaciones y divorcios, la extensión de los derechos de los niños considerados como personas con capacidad de decisión, ayudados con las nuevas tecnologías y sentidos de la educación escolar, la familia, repetimos, por el desarrollo de dichas condiciones se convirtió en el lugar del ejercicio de los intereses y de los estilos de vida de sus miembros y se transformó en un espacio de transacciones donde se gestionan los procesos de la socialización y el equilibrio familiar según costos y beneficios económicos y emocionales de cada uno de los miembros. A esto coadyuban entonces las nuevas culturas y tecnologías que invaden los espacios privados y definen el tiempo libre de los asociados. Cambian entonces los sentidos de la maternidad, la paternidad y la filiación. El juego recíproco de los roles tradicionales, hombre-mujer, padre-madre-hijos se transforman. La autoridad y la protección se vuelven ambiguas, y, se redistribuyen

en la capacidad de cada miembro para asumirlas a título individual. La familia se individualiza al desaparecer las solidaridades, las reciprocidades y la autoridad tradicionales.

Los nuevos movimientos sociales y las nuevas culturas cambiaron el significado de la sexualidad. El saber y la labor de los expertos - las múltiples terapias y los múltiples manuales de sexología y erotismo - se entronizan en la vida íntima, impactando el conjunto de la vida privada. Se modifican los comportamientos de la mujer y del hombre, y, la sexualidad ocupa el lugar de la realización individual interior, dando *el sentido del si mismo* (Touraine). Su ejercicio pleno requiere de las nuevas tecnologías del cuerpo, para hombres y mujeres. El viejo cliché del <<hombre duro>> ya no sirve del todo y se llena de ambigüedades y contradicciones : los hombres desean mostrar sentimientos y debilidades, pero aunque se desarrolle la conciencia de los cambios necesarios frente al machismo, los valores que lo fundan siguen anclados en la cultura, anclados en la larga duración.

La sexualidad y la legitimidad de los nuevos roles sexuales y afectivos, redoblan el proceso de la individualización y de creación de las nuevas individualidades que también llega por otras vías. El individuo deja de estar anclado en el hacer, en el desempeño de los roles sociales, en el ser para otros, para potenciarse en el ser para si mismo, en la realización de su individualidad. El reconocimiento del otro como un ser anclado en *él mismo* es solamente una mediación para reafirmar la condición de ser un *si mismo* (Touraine).

De otra manera, la ruptura de la inflexibilidad de los roles familiares, al volverse intercambiables y fundamentalmente al individualizarse la mujer - no sin contradicciones, indecisa todavía entre el ser para si misma y el ser para otros - resalta la autonomía de las biografías individuales. En el mundo contemporáneo se destaca el *pluralismo en la biografía de las formas de vida*, es decir, la sucesión de fases alternativas en la vida familiar, producidas por las interrupciones de las vidas compartidas y el ingreso a la soledad. La biografía individual ejerce su predominio sobre la vida familiar. En las nuevas formas sociales de la llamada *sociedad del riesgo* los individuos deben producir, representar y combinar por sí mismos su propia biografía (Beck,1997), creando sus propios dispositivos de *confianza*.

El desarrollo del Estado del bienestar brindó las posibilidades para que el individuo se transformara en “actor, diseñador, malabarista y director de escena de su propia biografía, identidad, redes sociales, compromisos y convicciones” (Beck). La nueva individualización desintegra las certezas estamentales de la sociedad industrial y plantea la búsqueda de otras nuevas : ya no se tiene la biografía estandar y convencional que daba confianza y protegía en lo público, sino la biografía de elección que semeja un bricolage (“hágalo-usted-mismo”) o el tipo de la biografía reflexiva que propone Giddens, gestadas en la incertidumbre y en un *largo proceso de creación de la confianza en el si mismo*. Pero no todo es idílico como a simple vista pareciera: la nueva individualización, dados sus soportes y dispositivos, significa nuevas interdependencias, incluyendo las globales. En este sentido Touraine propone como dependencia problemática la

vinculación a las seducciones del mercado, a la cultura de la información y del consumo, tanto como a las “identidades comunitarias”; estas vinculaciones inhiben la realización social y política del individuo como sujeto centrado en si mismo y que quiere realizarse como ser.

Conclusiones

Este texto desde la teoría de la acción, ha puesto en evidencia a partir de algunas proposiciones extraídas de algunos de los autores clásicos, un modelo de la identidad social entre el actor y el sistema, el predominio de la noción de sociedad y el papel central que juega el individuo como integrador de la sociedad a través de su propio desempeño. Además ha presentado apartándose de las definiciones más abstractas, esto es, en el plano más concreto de lo histórico, algunos parámetros de la mutación de la sociedad moderna, como sociedad nacional y como sociedad industrial. En este esfuerzo se replantea la separación del actor y el sistema, y el surgimiento de un nuevo individuo, actor de su propio destino. Implícito está la inadecuación de los viejos presupuestos apriorísticos y hábitos intelectuales, en especial los del funcionalismo, para representarse las nuevas realidades sociales contemporáneas y sobretodo para dar cuenta de los nuevos procesos de individualización social (social en cuanto acumulado histórico). En estas conclusiones queremos culminar primero con la comparación del tipo de biografía de los actores implícito en el modelo y el esperado a partir de la crisis del modelo, y, segundo con la comparación del tipo de lenguaje y “estéticas” implicados en uno y otro caso para el pensar sociológico.

1a. En este modelo de Sociología clásica, las trayectorias biográficas individuales se corresponden con la biografía social de las instituciones y de su desarrollo como sociedad. De este modo las biografías individuales siguen las fases sucesivas de sus vinculaciones con ellas y otras entidades colectivas : la familia, la escuela, el barrio y la vecindad, el mercado, la empresa o institución estatal, la clase social, el gremio, la pareja, etc. La personalidad individual se define en el sentido de esas múltiples inserciones, como una personalidad social. El individuo moral es un personaje anclado en sus desempeños sociales -se define por lo que hace, nos dice Touraine - y de ellos adquiere los elementos que lo unifican como una identidad propiamente social : es un ciudadano, un trabajador (a), un padre o madre de familia, una esposa o un esposo, en fin un actor cuya iniciativa se rige por las normas, roles y valores. Las trayectorias biográficas convencionales dominan la escena social y la privada de la sociedad de esta Sociología clásica.

1b. El individuo de la nueva biografía deja de ser el individuo protegido del individualismo moral, deja de poseer la identidad socialmente definida del modelo funcionalista de roles, y se propone en el juego de las múltiples alteridades sobre las cuales decide situacionalmente. El personaje social que era el individuo moral clásico queda atrás, el actor se separa del sistema. Sin embargo, el nuevo individuo no es un vacío por el hecho de separarse de los roles sociales y por definir *su*

decisión frente al seguimiento a las normas y los valores²³. En el se gesta “una nueva forma de organizar y conducir la vida, ya no obligatoria ni ‘vinculada’ [Giddens] a modelos tradicionales” (Beck, 1997). Es un nuevo individuo que, al decidir, es un estratega y un negociador de su propia condición, con mucha voluntad de auto-realización. Es un personaje sometido al riesgo y a las amenazas de su propia gestión de sí mismo. De la desaparición de la representación de la sociedad clásica heredará la lógica del sentimiento de culpa de sus fracasos y el regocijo de sus éxitos. Los nuevos parámetros sociales agenciados desde el desmonte del Estado protector distribuyen los males y los riesgos sociales dentro de los antiguos moldes de la desigualdad social.

2a. El modelo de Sociología clásica aquí presentado encierra sus consecuencias metodológicas: el debe preocuparse por revelar las correspondencias y las interdependencias funcionales, los entrecruzamientos normativos, los procesos unitarios y los vínculos sociales. Igualmente, su preocupación se encamina desde ahí a la búsqueda de los fenómenos individuales o colectivos que se apartan de lo convencional y normatizado (que nó necesariamente es racional), fenómenos que serán tratados como conductas desviadas o reactivas a fenómenos externos al actor (éste se concibe sin iniciativa o creatividad por fuera de lo social); o bien se encamina la Sociología a la búsqueda de los determinismos para las acciones sociales, individuales y colectivas (la versiones marxistas funcionalizadas) tal los determinismos de los orígenes sociales o de las situaciones de clase, o del estado crítico de las estructuras sociales (crisis de la economía o de la política, etc.).

2b. Si la estética de las representaciones sociológicas clásicas estaba trazada por la lógica de la armonía, de los equilibrios y de las identidades, en fin de lo integrado y cerrado sobre sí mismo que aludía a una sociedad con derroteros futuros para sus miembros, la estética que resulta de las transformaciones sociales contemporáneas corresponde a lógica de lo disímil, de los desequilibrios y de las alteridades que gobiernan a lo social y a los hombres y que les define un mundo abierto, fracturado y sin fronteras. Si hemos de buscar un lenguaje que se dirija a la especificidad de lo que quiere nombrar²⁴ ya no será el de las univocidades, las correspondencias, las interdependencias, las certezas y las causalidades, será un lenguaje que apunte a la pluralidad, las ambivalencias, las disociaciones, los entrecruzamientos de autonomías e intencionalidades, las decisiones, las incertidumbres y dilemas, las estrategias y las transacciones.

Por ahora es una estética y un lenguaje que acercan la Sociología a las filosofías sociales del posmodernismo. Si bien estas le brindan un soporte crítico para repensar sus parámetros de definición, la disparan negativamente hacia el mundo de la retórica y de la abstracción impertinente, toda vez que la Sociología confirme su fidelidad al principio de su referencia al sentido del mundo social empírico. Es este su drama y su posibilidad actuales.

Nuestro texto confluye en la hipótesis sobre la necesidad de la construcción de una estética y de un lenguaje nuevo para nombrar y describir sociológicamente el sentido de las nuevas realidades

²³ En Latinoamérica, para no hablar de Colombia, esta ha sido la lógica normal, se juega estratégicamente con normas y valores en función de situaciones interactivas específicas.

²⁴ En sociología es difícil separar la palabra que nombra del desarrollo del contenido al que hace referencia.

sociales²⁵. Esta hipótesis estuvo precedida por aquella de una inadecuación de este modelo de Sociología Clásica para dar cuenta de manera profunda de las realidades contemporáneas, aunque ha quedado claro que su inicio de descripción se realiza desde los propios parámetros de aquella, lo que parece lógico en la transición de una disciplina que no puede proceder sino en función del acumulado de conocimientos sobre su objeto. Por lo demás el esfuerzo de dicha construcción no puede realizarse sin el concurso de las otras ciencias sociales, en especial, de la antropología y de la historia.

Bibliografía

- ALEXANDER, Jeffrey : *Las teorías sociológicas desde la segunda guerra mundial, Análisis multidimensional*, Barcelona, Gedisa, 1992.
- BECK, Ulrich : *La sociedad del riesgo, hacia una nueva modernidad*, Paidós, Buenos Aires, 1998 (1a. edición alemana, 1986).
- BECK, U., GIDDENS, A., LASH, S. : *Modernización Reflexiva, Política, tradición y estética en el orden social moderno*, Alianza Universidad, Madrid, 1a. de. española, 1997.
- BOUDON, Raymond: *La lógica de lo social, Introducción al análisis sociológico*, Rialp, Madrid, 1981.
- DUBET, Francois : *Sociologie de l'expérience*, Seuil, Paris, 1994.
- ELIAS, Norbert : *La sociedad de los individuos*, Península, Barcelona, 1a. edición, 1990
- GIDDENS, Anthony : *Modernidad e identidad del Yo, El Yo y la sociedad en la época contemporánea*, Península, Barcelona, 1a. Edición, 1997.
- GIDDENS, A., BAUMAN, Z., LUHMANN, N., BECK, U. : *Las consecuencias perversas de la modernidad*, Anthropos, 1996.
- MELUCCI, Alberto : *Il gioco dell'io, Il cambiamento di sé in una società globale*, Feltrinelli, Milano, terza edizione, 1996.
- MELUCCI, Alberto : *Passaggio d'epoca, Il futuro è adesso*, Feltrinelli, Milano, Prima edizione, 1994.
- TOURAINÉ. Alain : *¿Podremos vivir Juntos?*, F.C.E., Argentina, 1997.
- TOURAINÉ, Alain : *El regreso del Actor*, Eudeba, Buenos Aires, 1987.
- TOURAINÉ, Alain : *¿Cómo salir del liberalismo?*, Barcelona, Paidós Editores, 1999.
- VIDICH, A., et. al. : *Perspectivas sociológicas internacionales*, edición a cargo de A. Camacho, Corporación Editorial Universitaria de Colombia, Cali, 1983.

²⁵ Es claro que el asunto va más allá, pero aquí nos guiamos por el sentido del contraste con los elementos apriorístico y presupuestos sociológicos. La hipótesis resalta la importancia y profundidad de un problema mayor.